
PLATICAS PREDICADAS

EN EL EJERCICIO DEDICADO

AL SAGRADO CORAZON DE MARIA.

PRIMERA PLATICA.

*In me omnis gratia viæ et veritatis:
in me omnis spes vitæ et virtutis.*

(Eccl. XXIV, 25.)

LAS dos obras especiales de Dios, que son como los polos en que se apoya todo lo criado, y cuya dignidad excede inmensamente á toda otra dignidad en las criaturas, son Jesucristo, Hijo de Dios, y María, Madre de Dios. Del primero, y de su mision sublime, perpetuada y consumada por su doctrina y por la Sagrada Eucaristía, nos hemos ocupado en los discursos anteriores. Hoy rendimos nuestros homenajes á la segunda, y sus grandezas y su amor deben ser el objeto de mi palabra; pero en la brevedad del tiempo que al efecto se concede, no es posible entrar de lleno en el exámen de esa obra admirable de Dios, cuya grandeza, dice San Bernardino de Sena con San German (1), es sin medida, y á quien

(1) Tuæ magnitudinis non est finis. (S. German., Orat. in Dormit. Deip.) Soli Deo cognoscenda reservatur illius perfectio, juxta illud Ecclesiastici: Ipse creavit illam in Spiritu Sancto, vidit, dinumeravit et mensus est; scilicet, ipse solus Deus. (S. Bernard. Sen., Serm. 4 de Concept. B. M. V.)

solo Dios, que la crió en el Espíritu Santo, la vió, la midió y contó sus perfecciones (1). Ella es la reparadora del mundo (2), el corazon de la Iglesia (3), y el título nobilísimo de nuestra libertad (4); en su gracia excede á los ángeles (5); en su santidad solo cede á Dios, y ante ella son como si no fueran las virtudes de todas las criaturas (6); en su dignidad se acerca al Infinito (7), en su union se une á Jesucristo (8), en su gloria se confunde con este (9), en su bondad es una imagen infinita de la bondad infinita de Dios (10), en su poder no reconoce superior sino en el Omnipotente: más aún, dice San Bernardino, todo, hasta el mismo Dios se complace en servirla (11). ¡Cuántos motivos para admirarla! ¡Cuántos títulos para honrarla é invocarla!

Yo me complazco, ilustres Archicofrades, al veros terminar los ejercicios consagrados á la adoracion del Hijo, honrando é invocando á la Madre; y quisiera po-

(1) Eccl. I, 9.

(2) Reparatrix perditæ orbis. (S. Anselm. de Excell. Virg.)

(3) Cor Ecclesiæ. (Hesich. in cat. græca sup. Ps. 44.)

(4) Titulus nostræ libertatis nobilissimus. (S. Ideph., lib. de Virg. M., cap. 12.)

(5) D. Thom. opusc. 8, de Salut. Angel.

(6) Virgo inter animas Sanctorum et Angelorum choros supereminet merita singulorum, et omnium titulos antecedit, et sic spirituum hebetat dignitatem, ut sint sicut non sint. (S. Petr. Dam., Serm. de Assumpt. Virg.)

(7) Dignitas Matris Dei est suprema quædam conjunctio cum persona infinita. (D. Thom., I P. Quest. 25, art. 5.) Dignitas Matris Dei suo genere est infinita. (Suarez in 3 P. D. Thom., dist. 18, sect. 4.)

(8) Ad hoc electa est domina, ut instigatrix et cooperatrix Christi. (Salmeron in Evang., lib. 6, tr. 6.)

(9) Gloria Filii cum Matre non tam communem judico, quam eandem. (Arnold. Carnot. de Laud. Deip.)

(10) Fecit hanc Deus bonitatis suæ infinitam imaginem. (D. Thom. Opusc. 61, de Charit.)

(11) Divino imperio omnia famulantur, et Virgo; et imperio Virginis omnia famulantur, et Deus. (S. Bernard. Sen., tom. 4, Serm. 5, art. unic.)

seer la elocuencia y el amor del melifluo Bernardo para multiplicar en vuestros corazones el celo y la devocion á la Inmaculada Madre de Dios. Ella inflame mi corazon y bendiga mi palabra, mientras para lograrlo hasta donde me sea posible, voy á presentárosla en esta primera plática, como el principio, el instrumento y el manantial perenne de las misericordias de Dios sobre el género humano.

I.

La Santísima Virgen María, hermanos míos, es el principio de las misericordias de Dios sobre el género humano; más aún, es la primera misericordia. Desde el desgraciado momento en que los primeros padres rompieron el lazo que en dulce alianza los unia con Dios, que en ellos queria tener sus delicias para comunicarles su felicidad, se privaron de esa comunicacion inefable, y ellos, con toda su descendencia, solo pudieron esperar que la misericordia de Dios viniera á hacerles menos amarga su inmensa desgracia. Dios lo hizo desde luego, porque no aborrece al hombre, aunque le ve miserable y caido en el pecado. ¿Sabeis cuál es la primera manifestacion de esa misericordia? Es María, es el anuncio de esa Eva reparadora que quebrantará la cabeza de la serpiente para que el hombre, recobrando su libertad, sea de nuevo el amigo y el hijo de Dios (1). Ella aparece desde entonces á los ojos de los primeros padres como iris de paz y de bonanza; y su imágen, que descubren en lontananza entre los celajes de la divina promesa, es la

(1) Gen. III, 15.

Aurora del dia de la redencion, por el cual tanto suspiran.

Dios ha anunciado al hombre los designios de su misericordia, pero este le pone obstáculos, cual si quisiera hacer irrealizable la ordenacion divina, y multiplicando sus pecados, se aleja cada dia mas de Dios, y atesora mayores miserias en su alma y mayores castigos, á que se hace acreedor con su pecado. Para que el hombre llegue á la reconciliacion con Dios atrayendo su misericordia, Dios le exige, como le exigió antes para inundarle de felicidad, que le consagre todo su amor. «Me amarás, le dice, con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas (1); hijo mio, dame tu corazon (2).» Dios quiere que el amor sea el lazo de union entre él y su criatura, y que elevándose de la tierra al cielo como perfume suave, le obligue en cierto modo á inclinarse hácia el hombre, á derramar sobre él sus misericordias y sus gracias, á devolverle los hermosos títulos que perdiera en el Paraiso, y á poner su morada en ese corazon, que criara precisamente para que sea el camarín de sus amores, el templo de su majestad, el altar donde se le ofrezca sacrificio de adoracion y de alabanza, y el lugar de sus complacencias. Pero el hombre no ama á Dios: su entendimiento, oscurecido por las tinieblas en que le envolvió la culpa robándole la luz divina, no puede elevarse al conocimiento de las perfecciones y bondad de Dios, base del amor; su corazon, dominado por las pasiones y apetitos desordenados, no sabe, no quiere amarle; y aun cuando alguna vez, colmado de favores inefables, siente la presion del amor divino, y ama, este amor es mezquino, es el amor de un corazon manchado

(1) Deut. VI, 5.

(2) Prov. XXIII, 26.

é impuro ante Dios, que descubre manchas hasta en sus ángeles. No hay en la tierra un corazón santo y puro que merezca las miradas del Criador; no hay un corazón que, lleno de caridad, eleve hacia Dios el cántico armonioso que él espera oír del hombre para dársele todo; y mientras no le haya, no es posible esa comunicacion que ha de abrir el camino á la misericordia infinita en su manifestacion sublime. La tierra, que desde el día de su maldicion solo germina espinas y abrojos, no puede producir vástago tan precioso; ha de ser obra de Dios, que lo crie con misericordia para que sea el principio de sus misericordias, y Dios lo cria con novedad admirable, dice Jeremías (1). Esa nueva criatura es María; nueva, dice San Bernardo, como mundo especialísimo que Dios cria para sí (2): nueva con singularidad de naturaleza (3); nueva como paraíso de delicias, en que Dios quiere descansar en el ardoroso mediodía de su caridad (4). Dios la cria, porque quiere redimir al hombre. Su creacion, como su anuncio, es la primera misericordia, es el principio de las misericordias de Dios sobre el género humano.

Con razon exclama San Bernardo, dirigiéndose á los primeros padres que con su pecado causaron nuestra ruina, y á quienes anunció el Señor la creacion de esta su Hija predilecta: «Alégrate, padre Adán, pero más aún tú, ó madre Eva; alégrate y salta de gozo: ambos alegraos en vuestra hija, y en tal hija, que se os da este

(1) Jerem. XXXI, 32.

(2) Illam Deus tanquam mundum specialissimum sibi creavit. (S. Bern. Serm. de B. M. in illud: Ave Mar., inter ejus op. dub.)

(3) Pura siquidem humanitas in Maria, non modo pura ab omni contaminatione, sed et pura singularitate naturæ. (Id., Serm. in signum magnum.)

(4) Vere paradissus deliciarum, in quo deambulat Deus ad meridiem in ipso fervore charitatis. (S. Thom. Vill., in fest. Annunt., conc. 5.)

día. Ella es la que Dios os anunciara como reparadora de vuestro pecado: corred á ella, y celebrad su nacimiento, acogiéndooos á su sombra. Salve, ó hija, le dicen los primeros padres. Salve, gloria de la madre primera, medicina de sus dolores, gozo de tus progenitores, y alegría del género humano. Salve, Hija, y Señora nuestra. Te aclamamos Hija, y te reconocemos Señora. Te proclamamos Reina, porque tu gloria es nuestra gloria: nos gloriamos en tus riquezas y nos gozamos en tu hermosura los que por ti recobramos la antigua dignidad y la perdida grandeza (1). Salve, primicia de la restauracion (2), levadura de la nueva masa (3), aurora feliz del más dichoso día, término de las promesas y vaticinios (4), escala que une la tierra con el cielo (5), tierra nueva y nuevo cielo, paraíso del nuevo Adán (6), nueva Eva, Madre de la vida (7).

(1) Lætare, Pater Adam, sed tu magis, oh Eva mater, exulta..... Ambo, inquam, consolamini super filia, et tali filia, sed illa amplius, de qua malum ortum est prius, cujus opprobrium in omnes pertransiit mulieres. (S. Bern. Hom. 2 super Missus.) Salve ergo sis, oh filia, meæ os libertatis, primæ parentis gloriatio, ejus dolorum curatio, progenitorum jucunditas ac lætitia generis. Salve sis, filia, Dominaque. Te quippe prædicamus filiam, tametsi agnoscimus Dominam. Reginam te glorificamus, qui unam tecum gloriam habemus, qui tuis gloriamur divitiis, qui per te antiquam recepimus dignitatem, tuaque delectamur pulchritudine. (Jacob. Monach., Orat. in Nativ. B. M. V.)

(2) Salve sis, reformationis nostræ primitiæ. (S. Andr. Cret., Serm. 2 de Nat. Virg.)

(3) Ave, fermentum sacrum divinæ initiationis, quo tota humani generis massa conspersa, ac quo, ex uno Christi corpore in panes formata, in unam coivit novam concretionem. (Id., Serm. de Annunt.)

(4) Dei ad nos prædictionum ac promissionum limes, totius prophetiæ perspicua plenitudo. (Id., Serm. 2 de Nativ.)

(5) Scala cœlestis, per quam supremus Rex humiliatus ad ima descendit, et homo, qui prostratus jacebat, ad superna exaltatus ascendit. (S. Petr. Dam., Serm. 3 de Nativ. Deip.)

(6) Spiritualis novi Adami paradissus, in quo consitum est lignum vitæ. (S. Joann. Damasc., Orat. 2 de Dormit. Deip.)

(7) Novæ Evæ mater vitæ. (S. Athan., Orat. de Deip.)

¡Oh cuán grande aparece María! Ella dice de sí misma que el Señor la posee como principio de sus caminos, ó según la traducción de los Setenta, el Señor la crió principio de sus caminos para sus obras (1); y los caminos de Dios, dice el Profeta, son todos misericordia y verdad (2). Para que lo sea, Dios la enriquece desde el primer instante con todos sus dones: todo se le concede, la justicia original, la plenitud de la sabiduría, la amistad perfecta de su Dios, las virtudes más sublimes, los carismas más perfectos; todo, todo viene á formar el adorno de su alma. Dios la cria según su plan eterno, y al verla exclama: «Eres toda hermosa, amiga mía, y mancha no hay en ti (3).» Al verla tan hermosa la ama con ternura: este amor le hace concederle nuevos dones, estos dones la hacen más hermosa á sus ojos, le atraen nuevo amor, y con él nuevas bendiciones y nueva hermosura, y otra vez nuevo amor, hasta el punto de hacerle exclamar: Me has herido, hermana mía, esposa: aparta de mí tus ojos, porque me arrebatas y me haces excederme á mí mismo; aparta de mí tu mirada, porque no es posible darte más de lo que te he dado (4). Desde este momento hay ya en la tierra una criatura que merece las miradas de Dios; hay ya un corazón digno de ser el reclinatorio de oro del Eterno Salomón (5); hay ya un vellón hermoso, que absorbiendo todo el rocío de la gracia lo comunicará á la era de la humanidad (6). Lle-

(1) Prov. VIII, 22.

(2) Psalm. XXIV, 10.

(3) Cant. Cantic. IV, 7.

(4) Id. IV, 8; IV, 4.

(5) Consecrans sibi in ea (Deus) reclinatorium aureum, in qua sola post tumultum angelorum et hominum reclinaret se, et requiem inveniret. (S. Petr. Dam., *Serm. de Annunt.*)

(6) Cœlesti rore arcam rigaturus, totum vellus prius infundit. (S. Bern., *Serm. de aqueductu.*)

na de gracia le saluda el ángel (1), llena para sí, sobrellena para nosotros (2), difundiéndose de sus labios para llenarnos á todos (3). No es digno el género humano de que Dios le conceda sus misericordias, es verdad; pero lo es María, y por ella se dispone á concederlas á todos (4).

Para que descienda la misericordia de Dios sobre la tierra se necesita que de esta se eleve al cielo el perfume de la caridad: que el hombre ame á Dios, para que el amor, uniendo al Criador y á la criatura, atraiga sobre esta los dones de aquel. Esto hace María desde su primer instante; ama á Dios con un amor que excede al que pudieran tenerle todos los hombres juntos, y al que los ángeles y los serafines le tendrán eternamente; le ama por todos, y este amor, compensando lo que falta á la humanidad pecadora, atrae sobre ella las eternas misericordias. La caridad es el aroma exquisito que el nardo precioso del Corazón de María exhaló hácia el cielo, y subió hasta el trono de la gloria del Criador, y halló gracia en la presencia de Dios (5). ¿Qué gracia? exclama San Bernardo. La que María deseó, y nadie antes que ella pudo hallar: la que debe facilitar la paz entre Dios y el hombre, destruir la muerte y reparar la vida (6); la que con su pecado perdió la desgraciada Eva (7).

(1) Luc. I, 28.

(2) Plena sibi, superplena nobis. (S. Bern.)

(3) Psalm. XLIV, 3.

(4) Quia indignus eras cui donaretur, datum est Mariæ, ut per illam acciperes quicquid haberes. (S. Bern., *Serm. 3 in vig. Nativ.*)

(5) Nardus Virginis dedit odorem suum, et ascendit in conspectu gloriæ ejus fumus aromatis, et invenit gratiam coram oculis Domini. (S. Bern., *Hom. 3 sup. Missus.*)

(6) Invenisti quod quærebas, quod nemo ante te potuit invenire: invenisti gratiam apud Deum. ¿Quam gratiam? Dei et hominum pacem, mortis destructionem, vitæ reparationem. (Id. id.)

(7) Invenisti enim gratiam apud Deum; nimirum, gratiam, quam Eva amiserat. (S. Andr. Cret., *Serm. de Annunt.*)

Gózate, ó tierra, que antes eras estéril, y tus plantas sin flor, y tus árboles sin fruto; gózate, porque nace una Rosa fragante entre las tristes yerbas de tus campos, y esa Rosa, aunque nace del tronco infecto de Eva, es la Reina de las flores por su fragancia celestial. Con ella se te ha dado la gloria del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Saron (1). Con ella principia el nacimiento de Jesucristo, puesto que nace la que Dios ha criado expresamente para que sea su Madre (2). Naciendo María, dice San Andrés Cretense, principia la reforma del género humano, y el mundo envejecido, recibiendo un nuevo elemento deiforme, ve incoarse por Dios su segunda formacion ó creacion. Dios habia formado la primera vez al hombre de una tierra limpia é incontaminada; pero por cuanto la naturaleza humana, despojada de la gracia por la desobediencia que le mereció ser desterrada del lugar de la vida, habia olvidado y como borrado su nativa dignidad, plugo al buen Dios, Criador del universo, formar y presentar un mundo hermosísimo y nuevo (3).

Gloria, pues, á Dios, que criando á María, nos da una prueba de su inmenso amor y de su eterna misericordia. Gloria á Dios, que haciéndola tan pura y tan digna de amor, deposita en ella el tesoro de nuestra redencion. Gloria á María, que amando á Dios, y haciendo llegar al cielo la inmensa llama de su caridad, hace descender sobre nosotros la lluvia de las divinas bondades. Gloria á

(1) Isai. XXXV, 2.

(2) In nativitate Virginis, felix Christi est inchoata Nativitas. (*S. Ildeph., Serm. 3 de Nativ. Virg.*)

(3) Hodie humani generis reformatio incipit, mundusque veteratus summe deiformem elementationem accipiens, secundæ à Deo formationis inchoationem suscipit. (*S. Andr. Cret., Orat. 1 in S. Deip. Natal.*)

María, halladora de la gracia, medianera de la salud y restauradora del siglo (1), principio de las misericordias de Dios, é instrumento por el cual estas misericordias se difunden sobre el género humano.

II.

Elevar al hombre á un órden divino para que sea como Dios, hijo de Dios, y participante de su misma naturaleza: este es el designio del Omnipotente, y para ello decreta la Encarnacion del Verbo, que haciéndose hombre y sacrificándose por el hombre, satisfaga las deudas de este, le redima, y le merezca la adopcion de hijo de Dios (2). La Encarnacion del Verbo es la gran manifestacion de la misericordia de Dios; el sacrificio del Verbo encarnado es la consumacion de esta misericordia. Pero así como en la prevaricacion y la ruina que viene á reparar el Verbo eterno, apareciendo como nuevo Adan, intervino y tuvo una parte principal y directa la mujer, así tambien quiere Dios que la tenga en la reparacion, constituyéndose en otra Eva, que unida al Adan Redentor, sea la Corredentora del mundo, asociándose por amor á lo que la bondad del Padre y la piedad del Hijo hacian en beneficio del hombre (3). María es, pues,

(1) Magnifica gratiæ inventricem, mediatricem salutis, restauratricem sæculorum. (*S. Bern., Epist. 174.*)

(2) Gal. IV, 5.

(3) Uti à duobus casus mundi profectus est, ita salus et redemptio à duobus, Christo et Maria proficiscitur. (*Salmer. in Evang., lib. 10, tr. 41.*) Unum est quod diversa exhibebant officia, quod Pater bonus, quod Filius pius, quod Mater sancta intendebat, quod in commune elaborabat dilectio, simulque se complectebantur pietas, charitas et bonitas. (*Arnold, Carnot., in Laud. Deip.*)

el instrumento escogido por Dios para la ejecucion de sus decretos de misericordia. La pobre y humilde doncella de Nazaret es el árbitro de los destinos del mundo.

Cuando llega la plenitud de los tiempos, Dios le envia un ángel para que le pida su consentimiento. La ha escogido para Madre de su Unigénito, pero espera su palabra. El mundo se perdió por la transgresion voluntaria del precepto divino con que Adan y Eva se apartaron de su Criador, y no se salvará sino por la aceptacion libre y voluntaria de los designios y decretos de Dios, con que Jesus y María le acercarán y unirán de nuevo á su Autor. El Padre no enviará á su Hijo, ni el Verbo bajará á desposarse con la naturaleza humana, ni el Espíritu Santo descenderá á formarle un cuerpo de la sangre purísima de María, ni la tierra verá nacer el sol de justicia, ni el hombre hallará paz, ni verá romperse sus cadenas y llenarse el abismo que le separa de Dios, ni se sentirá inundado de la lluvia benéfica de la misericordia y la caridad divina, si María no consiente en ser Madre de Dios.

¡Oh cuán grande se nos presenta María en este acto! El universo entero fija en ella su mirada; Dios y el hombre esperan en María. El ángel espera tu respuesta, le dice San Bernardo, porque es tiempo de que vuelva á Dios que le ha enviado. Esperamos tambien, Señora, una palabra de compasion, nosotros oprimidos miserablemente por una sentencia de condenacion. Hé aquí que se te ofrece el precio de nuestra salud; al punto seremos libres si consentes. Hemos sido criados por la palabra omnipotente de Dios; y hé aquí que morimos; tu palabra nos ha de volver la vida. Esto te pide, piadosa Virgen, esto te pide con lágrimas Adan, desterrado del paraiso con sus desgraciados hijos; esto te pide Abraham, esto David, esto los otros Padres, que son tus pa-

dres tambien, y que habitan en sombras de muerte: esto te pide el mundo entero postrado á tus piés, porque de tu lábio pende el consuelo de los desgraciados, la redencion de los cautivos, la libertad de los condenados á muerte, la salud de todos los hijos de Adan, que son de tu familia. Responde sin tardanza. El mismo Rey y Señor de todas las cosas, cuanto ha deseado y amado tu hermosura, otro tanto espera y desea tu consentimiento para salvar al mundo, y te dice: «¡O hermosa entre las mujeres! hazme oir tu voz (1).» Si se la haces oir, te hará ver nuestra salud. ¿No es esto lo que buscabas, no es esto lo que suspirabas dia y noche en tu oracion? Tú, y no otra, es la que ha de salvarnos; tome brios tu humildad, confianza tu pudor virginal; cree lo que el ángel te dice, pronuncia una sola palabra, y recibe en tu seno al Verbo de Dios, que quiere tenerte por Madre (2).

María responde al fin: hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra (3). Un grito de hosanna resuena en las bóvedas eternas, el Espíritu Santo descende á fecundar el seno de la Inmaculada Virgen, y el Hijo de Dios es ya Hijo de María. La alianza se ha firmado; el matrimonio misterioso se ha realizado; el camino de las misericordias queda abierto; el cielo se comunica con la tierra; el hombre se une á Dios. ¡Poder incomparable de la palabra de María! Nada se hizo sin la palabra de Dios, nada se restaura sin la palabra de Ma-

(1) Cant. Cantic., II, 14.

(2) Expectat angelus responsum, tempus est enim ut revertatur ad Deum, qui misit eum. Expectamus et nos, ò Domina, verbum miseracionis, quos miserabiliter premit sententia damnationis. Et ecce offertur tibi pretium salutis nostræ: statim liberabimus si consentis, etc. (S. Bern., Hom. 4 sup. Missus.)

(3) Luc. I, 38.